

Robert FAJEN y Andreas GELZ (eds.), *Ocio y ociosidad en el siglo XVIII español e italiano. Ozio e oziosità nel settecento italiano e spagnolo*, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 2017, 352 págs.

El presente volumen editado por los romanistas alemanes Andreas Gelz y Robert Fajen reúne quince contribuciones sobre el tema del ocio y la ociosidad en el siglo XVIII español e italiano. Los editores, conocidos por sus publicaciones sobre interesantes núcleos temáticos —en lo que respecta a Gelz la tertulia y sociabilidad en la España de los siglos XVIII y XIX (*Tertulia. Literatur und Soziabilität im Spanien des 18. und 19. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main / Madrid, Vervuert / Iberoamericana, 2006); y en el caso de Fajen la transformación de la ciudad de Venecia y su literatura durante el siglo XVIII (*Die Verwandlung der Stadt. Venedig und die Literatur im 18. Jahrhundert*, Paderborn, Wilhelm Fink, 2013)—, ofrecen esta vez un panorama de la función ambivalente del ocio y la ociosidad en el proceso de transformación de los espacios culturales de España e Italia, es decir, de la valorización de la gestión del tiempo libre como indicador emblemático de la Ilustración. En la introducción hacen referencia a dos vertientes del concepto de ocio, el que, por un lado, puede entenderse como tiempo de recreación, recogimiento o acción creadora, y, por otro lado, como fuente del vicio y la depravación, es decir, como tiempo perdido. Para designar este último concepto se recurre aquí al término ociosidad (pág. 9).

Los autores insisten en que las nociones de ocio y tiempo libre han sido reguladas en los siglos anteriores por los sistemas morales dominantes y sus discursos teológicos y filosóficos. Según esta interpretación en el sentido de Foucault, el tiempo libre y su empleo han conocido (desde la antigüedad clásica) una especial atención por parte de los poderes políticos y económicos, sobre todo en lo que tocaba a las clases inferiores. Este contexto cambió en el siglo XVIII cuando los conceptos se volvieron más ambivalentes y se hicieron



cada vez más visibles. El ocio se reflejaba en nuevas formas de comunicación social, tal como la sociabilidad, es decir, «la tertulia y la *conversazione*, el cortejo y el *cicisbeo*» (pág. 12), formas más modernas y ambiguas. En este marco los editores distinguen los espacios culturales de España e Italia de la constelación de Francia, país donde la oposición entre *loisir* y *oisiveté* no tenía esta misma ambivalencia que el ocio y la ociosidad, razón por la cual no han sido tratados de la misma manera que en los contextos de la contrarreforma con sus efectos colaterales, sobre todo en lo que concernía a la distribución y valorización del tiempo libre en la aristocracia —con frecuencia considerada improductiva— y en una burguesía más o menos emergente.

La primera sección del libro se dedica a conceptos y discursos y se inicia con una contribución de Jan-Henrik Witthaus, quien considera la noción de ociosidad como factor cada vez más positivo e importante, sobre todo cuando la posiciona entre economía, imaginación y escritura. El autor tiene razón en su intento de interpretar el problema a partir de la estética de la imaginación en vez de seguir las tradiciones de la imitación clásica, especialmente con respecto al género de la prensa de los espectadores, de los cuales el *Censor* —texto citado en su artículo— forma parte. En este contexto, la ociosidad ofrece una plataforma indispensable para las actividades del espíritu y para la nueva forma de pensar y escribir, lo que libera dicho concepto de sus connotaciones negativas. Siguiendo las mismas pautas, Silvia Contarini ofrece una lectura crítica del espectador italiano *Il Caffè* (situado en la estela de Joseph Addison y los «Placeres de la Imaginación»), apuntando las diferencias entre los hermanos Verri y Cesare Beccaria, cuya reescritura del modelo espectral inglés en el periódico de Milán contribuye a regenerar la discusión. No obstante, según esta argumentación, el elogio del ocio no tiene futuro en el espacio de la Ilustración milanesa, ya que el discurso sobre los delitos y penas se va perfilando en el reformismo de la región del norte. Por su parte, Andrea Addobati describe el *dolce far niente* y el *mestier del far nulla* como estrategias discursivas alrededor del lugar común de la identidad italiana, tópicos cuyo origen se encuentra, por lo menos en lo que atañe a la primera expresión, en los relatos europeos del Grand Tour, y, respecto a la segunda, en los escritos de Lodovico Antonio Muratori. Por otro lado, existen muchas voces que pretenden introducir concepciones burguesas del ocio en el discurso social, tal como la de Melchiorre Gioja, quien en su opera *Nuova Galatea* (1802) elogia la preciosidad del tiempo.

En la segunda sección del volumen, dedicada a los espacios, prácticas y dispositivos, el género de los espectadores sigue constituyendo el *corpus* central, en particular para Angela Fabris y sus observaciones sobre los espacios públicos y privados del ocio, tal como se presenta en las hojas venecianas de Gas-

paro Gozzi: la *Gazzetta veneta* (1760) y el *Osservatore veneto / Osservatori veneti* (1761-1762). Según las prácticas de los espectadores, el narrador-periodista se mueve a través de cafés y hosterías para pasar su tiempo libre y observar el ambiente social en espacios teatrales abiertos a diferentes clases sociales de la ciudad. Por otra parte, una contribución muy informativa y entrañable es la de Inmaculada Urzainqui, quien se refiere a los ocios «ilustrados» de Jovellanos, autor de la *Memoria sobre las diversiones públicas* (1796), en la cual el literato asturiano defiende el concepto de «felicidad pública» y de conversación. El estudio de Urzainqui demuestra esta importancia en todas las fases conflictivas de la vida del autor, cuyo alejamiento mallorquín le valió muchos pesares, si bien el sentido de la amistad le quedaba como último refugio espiritual, lo que confirma también el gran placer encontrado en las tertulias con sus antiguos amigos sevillanos Blanco White y Quintana. Por su lado, Andreas Gelz discute la problemática del ocio y la ociosidad en el *corpus* de la literatura de Diego de Torres Villarroel, demostrando la ambivalencia conceptual contenida en éste e insistiendo en que este autor ha contribuido así a la liberación de la literatura de las garras de la estética de la imitación. A su vez, el lectorado femenino constituye el tema de la contribución de Olaf Müller, quien se centra en el autor veneciano Pietro Chiari y en sus novelas que han construido un público de lectoras. Estas novelas, publicadas a mediados del siglo XVIII y cuyo ejemplo más representativo es *La filosofessa italiana*, ofrecen a sus receptoras una legitimación para cultivar el ocio propio en el acto de la lectura.

La tercera sección del libro se ocupa de las transformaciones de la sociabilidad y es introducida por un artículo de Roberto Bizzocchi sobre el frenesí del ocio en lo que toca tanto a la «sociabilità» como al teatro y la política. La contribución representa una fuente de reflexiones en torno al papel del «cicisbeo», gran tema del autor, cuya publicación *Cicisbei* (Roma / Bari: Laterza, 2008) constituye la base del presente acercamiento temático. Me parece central para el artículo —así como para todo el libro— que Bizzocchi se refiera al texto bíblico de los *Proverbios* (31) con el propósito de definir el papel tradicional de la mujer ocupada y el auge del ocio femenino a través de la «conversazione», aunque este nuevo estatus femenino y el chichisbeo en las capas aristócratas fueran acompañados por una serie de tareas comunicativas tanto en la sociedad italiana como en la española. La problemática es tratada también en la contribución de Rudolf Behrens y Esther Schomacher en torno a los objetos del ocio, al imaginario social y a los afectos en la *Trilogia della villeggiatura* (1762) de Carlo Goldoni. Claudia Gronemann, por su lado, recurriendo al texto fundacional de José Cadalso *Cartas marruecas* (1789) estudia la nueva modalidad de ocio bajo el lema del «hombre de bien», mientras Susanne Schlünder se dedica

a la relación entre los sexos en la literatura, sondeando el erotismo y la prostitución en las dimensiones situadas entre el ocio y los negocios.

La cuarta y última sección del volumen se ocupa de las políticas del tiempo y de las subversiones del orden, y es introducida por la contribución muy instructiva de Joaquín Álvarez Barrientos sobre el espacio urbano con respecto a las políticas y mercados del ocio. El autor describe los mecanismos de «disciplinar» a la sociedad urbana en sus pasatiempos, sobre todo en espacios públicos como el teatro o los parques, constatando que los dirigentes cultos «verifica[n] la fractura entre lo popular y lo sabio» (pág. 276) y buscan reordenar las costumbres y ritos populares. Ana Hontanilla, a su vez, describe la construcción cultural del «vago» y de la ociosidad en el *projectismo* económico, demostrando tanto el elogio de la política borbónica por parte de Juan Sempere y Guarinos en su *Memoria sobre la prudencia en el repartimiento de la limosna* (1781) como las posiciones críticas hacia el duro tratamiento de la gente común por parte de Jovellanos. Su contribución ofrece una imagen del rey como «hombre de bien» defensor de la actividad eficiente y virtuosa y denunciante de la pereza de una franja aristócrata. Robert Fajen sigue en la misma dirección, si bien con la mira hacia el espacio veneciano, interpretando la poesía del patricio Giorgio Baffo (1694-1768) que se dirige igualmente en contra de la aristocracia ociosa, cuyo emblema entonces era el «cicisbeismo», mientras que el vate Giambattista Morelli hacia 1760 describía la nueva funcionalidad del tiempo libre como posibilidad de experimentar otras formas de vida. La cuarta sección se cierra con una magistral interpretación de algunos *Caprichos* de Francisco de Goya por parte de Helmut C. Jacobs. El estudio se concentra en varias representaciones del ocio y la ociosidad: en el 43 (*El sueño de la razón produce monstruos*), el 50 (*Las Chinchillas*), el 73 (*Mejor es holgar*) y el 79 (*Nadie nos ha visto*), demostrando a base de comentarios manuscritos anónimos del siglo XIX de qué manera Goya criticó las formas de ociosidad en la nobleza, la familia y la Iglesia.

A través de la lectura de las importantes contribuciones que conforman el volumen hemos visto que el tema del ocio y la ociosidad sigue siendo uno de los aspectos centrales tanto del discurso social como de la producción cultural del siglo de la Ilustración, aunque también hemos constatado que no será fácil desenmarañar todos los hilos de su campo semántico, dado su profundo arraigo desde los comienzos de las antigüedades clásica y cristiana en las cuales ya se puede vislumbrar la ambivalencia de los conceptos, es decir, el hecho de que el ocio no solo representa el principio de la virtud, sino también de todos los vicios (pág. 229).

KLAUS-DIETER ERTLER